

## Como un pajarito

- Como un pajarito - Eso había dicho mi madre. – Es como un pajarito.

Yo tenía seis años y no sé porque me fascinaba aquella mujer. Era como todas las viejas del pueblo: pequeñas. Eso es lo que me parecía a mí. Un pajarito, que decía mi madre. Siempre vestida de negro, hiciese frío o calor, la veía salir de la casa de enfrente cada mañana.

A veces, cuando Pepón se retrasaba, la hubiese seguido, por curiosidad, para ver donde iba. Pepón era mi amigo, mi único amigo en aquel pueblo encaramado en las colinas que rodeaban la ciudad, donde veraneábamos desde que me pasó algo en los pulmones. No sé... un ganglio o algo así. Eso dijeron. Me hicieron muchas radiografías. Estaba fría la pantalla de los rayos X cuando se apoyaba contra mis costillas.

– No te muevas. No respires – decía el médico, que se escondía en otra habitación y me dejaba allí, casi a oscuras. Entonces escuchaba una especie de zumbido y unos extraños chasquidos.

–Ya puedes respirar – decía luego el doctor.

Una vez debió olvidarse de decirlo y casi me muero.

- Este niño tendría que guardar reposo y respirar aire puro – aconsejó el médico.

Así que aquel verano mi padre alquiló una casita en el pueblo.

El aire puro lo proporcionaba un pequeño pinar que estaba a las afueras, frente al convento, y el reposo lo ponía yo, castrado de juegos y aventuras. Salía de casa sólo para sentarme a la puerta y ver pasar a la gente. Por eso la veía salir cada mañana con su cesta. Debía ir al mercado.

Pepón pasó por mi acera un día. Yo estiré mi pierna a su paso y él se pegó un morrón tremendo. Lloró un poco, se

sentó a mi lado y se sopló el rasguño que tenía en la rodilla. Después me pegó un puñetazo en la nariz. También yo lloré un poco. Pepón me llamó mariquita. Desde entonces fuimos inseparables. Pepón era del pueblo. Su padre era el propietario del estanco de la plaza y vivía dos casas más allá, en la misma calle. En verano alquilaban parte de la casa a una familia de la capital. Un matrimonio de mediana edad. Creo que él era capitán, o general. No sé. La mujer vestía vestidos negros con lunares blancos. Tenían una hija, Manoli. A Pepón le gustaba mucho y yo la encontraba estúpida. Debía tener doce o trece años y casi no tenía tetas.

Un día, Pepón llegó muy excitado – Ha sido Manoli – me dijo, y me contó una increíble historia. Sus padres dormían la siesta y ella le dijo si quería ir a jugar a su habitación.

– Vamos a dormir, como ellos – le dijo y se metió debajo de las sábanas, y Pepón con ella. Sólo llevaba puestas unas braguitas. Pepón no llevaba calzoncillos y le dio vergüenza quitarse los pantalones. Se tumbaron los dos, boca arriba, rozándose apenas. A Pepón se le puso dura. Ella se rió mucho al ver como le abultaba el pantalón. Pepón huyó despavorido.

- ¿Tú crees que eso es lo que llaman follar? - me preguntó.

Yo no supe que contestar.

- Mira, la vieja. – el pajarito, como decía mi madre, salía en aquel momento de su casa. Como siempre, con su cesta. Vestida de negro, como siempre. Mientras se alejaba calle abajo tuve una idea.

– Ven, Pepón – le dije a mi amigo, que continuaba con los ojos en blanco.

La puerta estaba abierta. Sólo una cortina de ganchos metálicos impedía que las moscas encontrasen refugio en el interior sombrío y fresco. La gente era confiada entonces y

sólo cerraba las puertas por la noche. Entramos en la casa casi temblando. Muebles oscuros. Un enorme aparador de espejo presidía el comedor. Una gran mesa rodeada de sillas tapizadas de enea. En la pared de enfrente, un retrato en blanco y negro enmarcado. La vieja, no tan vieja en la fotografía, con un hombre de expresión seria. La mujer sostenía entre sus manos un ramo de flores, el hombre vestía de uniforme. Una puerta entreabierta, el dormitorio. Una cama grande, cubierta por una colcha blanca, de ganchillo. Un gigantesco armario. Una jofaina en su pie de madera. El tiempo parecía detenido en aquel espacio en semipenumbra.

Pepón y yo volvimos al sol abrasador de la calle, impresionados aún por nuestra osadía.

– Tengo que irme – Pepón tenía ya diez años y algunos días ayudaba en el estanco. Cuando su padre tenía que bajar a la ciudad. Una vez trajo un paquete de cigarrillos. Me invitó sin saber que yo estaba mal de los pulmones.

– Eres un cobarde – me dijo mientras encendía un pitillo y le daba un par de caladas entre grandes toses.

- ¿Lo ves? – defendí mi hombría, acordándome más de los rayos X y de los potingues que tomaba que del placer que debía producir aspirar aquel humo azulado.

La aventura con Manoli había transformado a mi amigo, que se las daba ya de experto en mujeres. Total porque había visto en braguitas a aquella mocosa.

- Yo también he visto en bragas a mi madre – le dije intentando darme importancia. El me miró con desprecio

– No es lo mismo, imbécil – dijo, adoptando aquel aire de superioridad que tanto me molestaba. Yo me quedé pensativo y me prometí que, cómo venganza, seguiría yo solo a la vieja de enfrente y no le contaría nada.

– Que se chinche – me dije.

Unos días después hubo verbena en la plaza. Una orquestina tocaba pasodobles sobre un estrado que montaron